

AL DOCTOR ALBERTO REX GONZÁLEZ

*Myriam Noemí Tarragó**



No sin antes agradecer la invitación del Comité Editorial de la Sociedad Argentina de Antropología, me sumo al homenaje con el fin de comentar aspectos de la labor del doctor Alberto Rex González relacionados con su accionar en el interior del país y con el peso que tuvo en el desarrollo de las carreras de Antropología en la década de los cincuenta.

El Doctor, como acostumbrábamos llamarlo en la universidad, poseía cualidades intelectuales sobresalientes: un espíritu curioso interesado por todas las Ciencias del Hombre, como solía denominarlas en sus charlas; una gran capacidad de lectura y de trabajo, una actitud crítica en continuo movimiento reflexivo y, sobre todo, una profunda conciencia social que lo llevaba a preocuparse por los derechos humanos en el más amplio sentido.

Por todas estas cualidades, sus aportes son multifacéticos y abarcan un amplio rango de las ciencias sociales. Cualquier enumeración resulta incompleta, pero vale la pena mencionar

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: tarragom@arnet.com.ar

algunos de sus temas. Señalar, por ejemplo, su genuino interés por los estudios etnográficos sobre pueblos originarios de diversas regiones del mundo: África, India, Japón, China, y de los pueblos autóctonos de Norte y Suramérica. Otro tema que lo fascinaba era el origen del hombre y la búsqueda de los mecanismos que motorizaron la evolución cultural en las sociedades primigenias. Dedicó largos años de las dos últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI a esta indagación. Siempre le preocupó reflexionar sobre actores y sucesos de la historia de las Ciencias Antropológicas en el contexto socio-histórico en que se gestaron las distintas épocas, así como mostró interés en considerar los aportes teóricos de las diversas corrientes (González 1985). A la vez, estuvo preocupado por la diversidad cultural, tanto americana como a escala mundial. Esa inquietud lo llevó a recorrer los más remotos centros patrimoniales, desde *Chou Koutien*, en China, los templos de *Kmer* en Camboya, la garganta de *Olduvay*, en África, *Palenque*, en Mesoamérica, hasta *Inkallacta*, y muchos otros sitios en los Andes. En íntima vinculación, manifestó una constante preocupación por la preservación del patrimonio arqueológico ante la rápida destrucción que estaban provocando las modernas obras productivas y viales. Muchas notas atestiguan esa constante lucha marcando la imperiosa necesidad de generar un cuerpo de leyes que tendiera a su salvaguarda. El arte precolombino como parte del arte universal fue otro de sus convocantes temas, sobre los que trabajó largo tiempo y que se volcaron en varias de sus más importantes obras, como *Arte precolombino en la Argentina* y *Las placas metálicas de los Andes del Sur*. A estos estudios contribuyó en forma significativa su esposa, Ana Montes, con su formación en artes plásticas, como autora de muchos de los diseños sobre el complejo estilístico de La Aguada.

Pero sobre todo, el Doctor fue un arqueólogo apasionado por la investigación científica, a la que dedicó largas horas de trabajo de campo y de laboratorio, porque para él, el *diálogo sustantivo entre teoría y práctica* se producía en esa intersección. Su formación en las más modernas metodologías que se estaban desarrollando en USA en la década de los cuarenta y cincuenta alimentó su accionar y lo llevó a incorporar en la Argentina técnicas como la datación por C^{14} , la palinología aplicada a la arqueología y la arqueobotánica, la teledetección de áreas arqueológicas, los análisis especializados de bienes metálicos y la aplicación de métodos computarizados para la comparación de grandes conjuntos de datos. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que fue un “antes y un después en la arqueología argentina”, una verdadera revolución que sólo tiempo después fue asimilada lentamente por la comunidad científica de la metrópoli porteña y de La Plata. En ambos lugares hubo serias resistencias a sus propuestas, mientras que en las universidades del interior del país fue recibido muy favorablemente y sus enseñanzas prendieron en la primera generación de antropólogos y arqueólogos (Bianciotti 2005).

Conocí al Dr. Alberto Rex González en el otoño de 1957, al comenzar el segundo año de la Carrera de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, que pertenecía, en ese entonces, a la Universidad Nacional del Litoral. Dentro del plan existían dos materias que estaban a su cargo: una era Prehistoria y Arqueología Americana, y la otra, Antropología Cultural. Recuerdo todavía, como si fuera ayer, su primera clase en el saloncito del Instituto de Antropología. Desarrolló el tema introductorio con tal entusiasmo, claridad y erudición, que todos los alumnos quedamos maravillados. El descubrimiento y la debida valoración de las raíces americanas, a través de su discurso apasionado, fue para nosotros un verdadero despertar.

Su participación como profesor en la Facultad desde 1953 hasta 1957 fue crucial en la formación de la primera generación de antropólogos, entre los que me cuento y entre quienes se destacaban, además de tantos otros, dos compañeros que ya no están con nosotros, Víctor Núñez Regueiro y Edgardo Garbulsky. El Doctor no sólo fue nuestro profesor, sino que, en el lapso en que interactuamos con él, llevó adelante el proyecto de un plan de carrera de Antropología que se concretó en 1959 como una orientación dentro de Historia. Sus clases y su pasión por desentrañar la historia de los pueblos ancestrales de América fue el móvil que me llevó a inscribirme en la nueva orientación y empezar así un largo camino que todavía transito, en la investigación arqueológica.

Cuando el Dr. González regresó al país después de disfrutar de una Beca Guggenheim, no volvió a enseñar en Rosario sino que pasó a dirigir el Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba, donde formó también una camada de jóvenes investigadores y de profesores universitarios, entre ellos, Osvaldo Heredia, José A. Pérez Gollán y Eduardo Berberían. Sin embargo, nuestro contacto se mantuvo. El curso de especialización sobre “Datación en Arqueología” que organizó en septiembre de 1961 motivó un viaje masivo de los estudiantes de Arqueología de Rosario a Córdoba, donde se produjo una fructífera interrelación entre los asistentes de distinta procedencia. Tampoco estuvo ajeno a la realización del Primer Congreso de Estudiantes de Arqueología, llevado a cabo en Rosario en 1962. Presentamos ponencias con una seriedad de profesionales y se estableció contacto entre muchos de los colegas que todavía hoy están enseñando en universidades del país o formando recursos humanos en otros países, como Eduardo Menéndez en México, José Najenson en Israel, Carlos Herrán y Hugo Ratier en Buenos Aires, entre muchos otros.

La década del sesenta, en mi opinión, se destaca en gran medida por el desenvolvimiento académico en las universidades del interior, donde los nuevos enfoques y las metodologías introducidas por el Dr. González, –tales como los métodos de prospección en área, de excavación estratigráfica y de pisos de ocupación– provocaron un verdadero salto en la ejecución de las investigaciones. Empieza la arqueología científica como tal, con énfasis en los trabajos de campo, más sistemáticos y de mayor cubrimiento. Si se revisan las entrevistas que efectuó en diversas oportunidades, es claro que el bagaje teórico-metodológico que trae y aplica en su enseñanza universitaria tuvo que ver con la formación que recibió en EEUU, donde conoció, obviamente, los trabajos de Boas, y donde tuvo como profesora a una destacada discípula, Ruth Benedict. Pero también en Columbia vivió la reacción y el cambio con la gestación de nuevas posturas, en particular la de Julian Steward, creador de la Ecología Cultural, y que fue tutor de su tesis de doctorado, a quien le reconoció una profunda influencia en su formación. Conoció e interactuó con los investigadores más sobresalientes de la época, como Gordon Willey, John Rowe, Betty Meggers, Clifford Evans, Eric Wolf, Leslie White, etc. Tres aspectos teóricos importantes en su pensamiento son el concepto de “evolución social”, la importancia de enfocar históricamente el desenvolvimiento de las sociedades preeuropeas (los pueblos sin historia), y el concepto de “contexto de asociación” en el estudio de la cultura material. A esto se suma la metodología de excavación que bebió durante tres meses en la Escuela de Campo de *Point of Pines*, en Arizona, y los revolucionarios métodos que estaban surgiendo después de la Segunda Guerra Mundial (Martínez Sarasola y Santillán Güemes 1982).

Esto es lo que recibimos los estudiantes de Rosario y Córdoba y lo que nos llevó a transitar un camino diferente, mucho más abierto a las nuevas posturas, como leer a V. Gordon Childe y los trabajos iniciales de L. Binford. La Escuela Histórico-Cultural era una más de las corrientes que se estudiaban en Teorías Antropológicas, pero no la dominante. La apertura a diversas corrientes y la reflexión crítica que nos transmitió tuvo que ver también con el hecho de que varios de nosotros nos interesásemos por los enfoques de la “Arqueología Social” a inicios de los setenta.

El papel fundamental jugado por el Dr. González en la formación de recursos humanos se puede apreciar en las numerosas ponencias presentadas por jóvenes investigadores al 37° Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata, en 1966, hecho auspicioso y a la vez, profundamente trágico, pues ya se habían producido las renunciadas masivas en las universidades. Por otra parte, no es casual que sus discípulos hayan sido los iniciadores de proyectos regionales en distintos valles del Noroeste argentino cuyos aportes constituyen las bases cronológicas y espaciales indispensables para poder encarar nuevos tipos de investigaciones en la actualidad.

En síntesis, fue mi profesor y mi maestro en el sentido cabal del término, la consulta y la guía a través de las conversaciones mantenidas con él a lo largo del tiempo iluminaron el arduo camino de la investigación, pero sobre todo, me transmitió la pasión por la arqueología y el compromiso que debemos asumir como profesionales, mensajes que todavía guían mi andar. Un profundo agradecimiento y reconocimiento por lo mucho que he recibido de mi querido maestro.

BIBLIOGRAFÍA

Bianciotti, A.

2005. Alberto Rex González. La imagen y el espejo. *Arqueología Sudamericana* 1 (2): 155-184.

González, A. R.

1985. Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

Martínez Sarasola, C. y R. Santillán Güemes

1982. Entrevista a Alberto Rex González. Teoría Antropológica: integración y colapso. *Cultura Casa del Hombre* II (3/4): 4-8.